



El mensaje del domingo. Gabriel Jaime Pérez Montoya, S.J.

Domingo XXXII del Tiempo Ordinario - Ciclo C – Noviembre 6 de 2016



En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano.” Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.»

Jesús les contestó: «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos, no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor “Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos.» (Lucas 20, 27-38).

Las lecturas bíblicas de este domingo nos invitan a reflexionar sobre el sentido de nuestra esperanza en la resurrección de los muertos que afirmamos en el Credo, a la luz de nuestra fe en Jesucristo resucitado.

1. El sentido de nuestra esperanza en la resurrección de los muertos

Los saduceos, miembros de la casta religiosa sacerdotal del judaísmo antiguo, se gloriaban de ser herederos de Sadoq, un antepasado a quien el rey Salomón, nueve siglos antes de Cristo, había nombrado sumo sacerdote del templo de Jerusalén (1 Reyes 2, 27 ss.). Ellos sólo aceptaban como inspirados por Dios los cinco primeros libros de la Biblia (que contenían la “Torá”, es decir la “Ley” de Dios transmitida por Moisés), y no creían en la resurrección porque estos libros no hablaban de ella.

La respuesta del Señor a la pregunta que le hacen los saduceos nos invita a revisar nuestro concepto de la resurrección, que sería errado si la confundimos con un regreso a la misma forma de vida que tenemos ahora. Jesús utiliza una comparación muy significativa cuando dice que la vida futura después de la muerte será como la de los ángeles. Es un modo de indicar que la resurrección no es una vuelta a la existencia material, sino el paso a una nueva vida de carácter espiritual. De manera semejante el apóstol san Pablo, al explicar como será la resurrección de los que han muerto, dice en

Gabriel Jaime Pérez, S.J.

gjperezsj@colsanjose.edu.co

una de sus cartas que se *siembra un cuerpo natural y resucita un cuerpo espiritual* (1 Corintios 15, 44).

En efecto, si quienes han muerto regresaran a la vida con el mismo cuerpo natural o material de antes, se volverían a morir. Pero la vida nueva que nosotros esperamos tener después de la actual, es precisamente una vida perdurable cuya forma concreta no puede expresar adecuadamente nuestro limitado lenguaje, y por eso necesitamos recurrir a imágenes simbólicas para referirnos a ella. La resurrección es un misterio de fe que no corresponde al plano de la materia sino al del espíritu.

2. La creencia en la reencarnación no es compatible con la fe en Jesús resucitado

Un error frecuente con respecto a lo que ocurrirá después de la muerte es la idea de la "reencarnación", que afirma la preexistencia de unas almas que vuelven a este mundo revestidas de otro cuerpo con el fin "purificarse".

La creencia en la reencarnación no es compatible con nuestra fe, pues la antropología cristiana considera al individuo humano como un solo ser que, mientras existe en las dimensiones actuales del espacio y del tiempo, está ligado a condiciones materiales, pero cuando muere pasa a otra forma de vida en condiciones distintas, ya no de orden material sino espiritual. Por lo tanto, también cuando nos referimos al "cielo" no estamos hablando de un lugar material, sino de un estado espiritual de felicidad completa que esperamos como nuestra vida futura después de la presente.

Esa "vida del mundo futuro" -como dice la versión extensa del Credo proclamada por los Concilios de Nicea y Constantinopla- es una vida nueva en otra dimensión y no un regreso a este mundo; es la vida que esperamos quienes creemos en un Dios que, como dice Jesús en el Evangelio aludiendo a Moisés -a quien se remitían los saduceos-, *no es Dios de muertos sino de vivos*. Es la vida futura que esperaban los Macabeos, aquellos judíos del siglo II antes de Cristo, hermanos de sangre, de quienes nos cuenta la primera lectura que defendieron hasta la muerte el respeto a sus convicciones religiosas (2 Macabeos 7, 1-2.9-14). Y esa misma vida será nuestra participación plena de la vida resucitada y gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

3. "Al despertar, Señor me saciaré de tu semblante"

El Salmo 17 (16) expresa con la imagen del despertar de un sueño el paso de esta forma actual de nuestra existencia terrena a la futura: *Al despertar, Señor me saciaré de tu semblante*. Este *semblante* es lo que también se denomina el *rostro de Dios*. Es un modo de expresar la felicidad que tendremos cuando nos encontremos, por decirlo así, "cara a cara" con el Señor, para disfrutar de la participación en la resurrección gloriosa de Jesucristo, quien precisamente por su encarnación es el rostro humano de Dios.

La seguridad de una vida nueva y sin fin que no sólo aguardamos para el futuro, sino cuyas primicias ya poseemos en la medida en que le abrimos espacio en nuestra existencia a Dios Nuestro Creador, a Jesús nuestro Salvador y al Espíritu Santo nuestro Santificador, es precisamente, como nos lo recuerda el apóstol Pablo en la segunda lectura (2 Tesalonicenses 2,16 - 3,5), la *gran esperanza* que expresamos de manera especial en la liturgia de cada domingo y cada vez que evocamos la memoria de

Gabriel Jaime Pérez, S.J.

gjperezsj@colsanjose.edu.co

quienes nos han precedido en la fe, como lo hemos hecho en los dos días iniciales de este mes de noviembre al celebrar la fiesta de todos los Santos -con María la Madre de Jesús como la primera entre ellos- y el día de todos los Difuntos.

Tal es el verdadero sentido de la resurrección, que reconocemos ya obrada en la naturaleza humana de Cristo y que aguardamos también para nosotros. Y es en este sentido como podemos dar razón de nuestra esperanza, no con creencias falsas, sino con una fe auténtica en Él, que así como nos creó para esta vida, si dejamos que actúe en nosotros su Espíritu de Amor puede re-crearnos para una vida nueva en la eternidad.